

# CAMBIO...

EDITORIAL

Cambio... Cambio rápido... Cambio político. Cambio social. Cambio de estructuras. Lo reclaman los políticos, los estudiantes, los obreros, los marginados. Lo reclaman las nuevas generaciones. Lo reclaman las mujeres en su promoción equiparadora.

Cambio... es la voz del día; un clamor del momento histórico que estamos viviendo. El término cambio, a pesar de ser una voz excesivamente genérica y universal, precisamente por genérica y universal, engloba un anhelo —vago y denso— que vive el mundo en crisis, sin precisión en sus anhelos, sin precisión en sus definitivos derroteros. Escribimos estos comentarios bajo la impresión de dos libros de vivísimo interés: La tumba de Dios, de R. Adolfs, agustino holandés, y el The Secular City, de Harvey Cox, protestante baptista, profesor de la Universidad de Harvard.

## Asombrosa rapidez de los cambios del mundo

La ciencia y la técnica han impreso una velocidad acelerada y vertiginosa a las transformaciones del mundo contemporáneo.

500.000 años pasaron entre el primer hombre que empleó una herramienta de piedra y el primero que talló las piedras para convertirlas en hachas y cabezas de lanza;

5.000 años entre el primer herrero y el primer conductor de locomotoras;

130 años entre el conductor de locomotoras y el primer piloto de jets que voló a una velocidad superior al sonido;

7 años apenas entre el descubrimiento por Otto Hahn de la reacción en cadena de fisión nuclear del uranio y el estallido de la primera bomba atómica en Hiroshima.

Esta velocidad pasmosa de los cambios llena el ánimo de angustia y zozobra. Lleva tal dinamismo que las estructuras de la sociedad se sienten bamboleadas y aun resquebrajadas. Para poner un ejemplo: ¿podrá subsistir el sistema parlamentario? ¿No resultará demasiado lento, dada la velocidad de problemas tan complicados y urgentes, para que los

gobiernos esperen su presentación y discusión de los parlamentarios?

Vivimos simultáneamente cuatro revoluciones. La revolución científica, que ha hecho perder al cosmos su calidad misteriosa; el hombre se siente dueño de la naturaleza. La revolución social, que impone la igualdad de derechos a todos los hombres, la igualdad de oportunidades en la vida y en la cultura, y el reconocimiento de la dignidad de la persona humana. La revolución técnica y la industrial, que han hecho prevalecer la producción industrial sobre la agrícola; ha sustituido la industria casera y familiar por la producción masiva de las fábricas y factorías. Una revolución económica, que en definitiva lleva a una economía planificada, a una internacionalización de las relaciones mundiales, a una interdependencia de las naciones.

Esta velocidad acelerada de las transformaciones de nuestro mundo contemporáneo provoca fenómenos que estudian hoy afanosamente los sociólogos: la urbanización, el crecimiento demográfico, la cibernética, la internacional económica, la comunicación y movilidad.

La urbanización y el crecimiento de las ciudades, no sólo en las naciones desarrolladas, como Estados Unidos, sino también —y en forma acelerada— en los países subdesarrollados. Nacen las megalópolis: por ejemplo, la franja costanera en los Estados Unidos, entre Boston y Washington, habitada actualmente por cuarenta millones de almas, una cuarta parte de la población total de Norteamérica. Algo similar, en su medida, amenazan a ser: Caracas y el litoral; Maracaibo con Cabimas hasta Mene Grande; la franja industrial desde Tejerías, Maracay y Valencia hasta Morón; y, en esperanza, el gran centro de la industria pesada en la ciudad de Santo Tomé de Guayana. La urbanización está llamada a crecer en forma centripeta, formando cada vez mayores círculos en torno a los centros primitivos de la ciudad. No estamos, tal vez, lejanos de un género de transporte barato (por ejemplo, en tubos en vacío) que traslade a la gente en velocidades supersónicas a lugares de trabajo a 200 kilómetros de distancia. La urbanización ha traído mayor prosperidad a un gran número de personas; pero también graves males: aumento de crímenes, soledad, despersonalización, neurosis, enfermedades cardíacas, separaciones, divorcios, corrupción política.

✦ La explosión demográfica. Antes de la revolución industrial el promedio de nacimientos apenas excedía al número

de muertes. El mejoramiento de los medios de vida y los avances de la medicina y de sanidad nacional ha hecho arrojar un exceso de nacimientos sobre las muertes. Entre 1800 y 1950 la población de Europa aumentó de 187 a 559 millones; la de Estados Unidos aumentó de 6 a 166 millones. La población del mundo se habrá duplicado a fines del siglo XX. Dentro de dos mil años el mundo estará tan colmado que sólo habrá lugar para permanecer de pie. La población del mundo no puede seguir creciendo al ritmo actual. La explosión demográfica nos plantea el problema de la alimentación, y el problema más grave, el de la limitación o control de la natalidad.

Automatización y cibernética. Cuando en la segunda guerra mundial se produjeron aviones a velocidades cada vez mayores, hubo que desarrollar métodos más rápidos y más precisos para calcular y computar. Así nació el esfuerzo de Nortbert Wiener y un equipo especializado, cuyos resultados publicó Wiener en 1947; y nació el cerebro electrónico. Cerebros y computadoras han revolucionado la producción y hasta la ciencia. Hoy la cibernética construye aparatos que llevan automáticamente trabajos muy complicados de producción; otros realizan complicadas operaciones matemáticas, cálculos logísticos y sacan conclusiones. Y hay finalmente aparatos que realizan las dos labores: producción automática y los cálculos de la producción lograda. La cibernética producirá una gran desocupación y ya se prevé que la solución inevitable será la limitación de las horas de trabajo.

Internacionalización económica y social. Es una nueva realidad contemporánea. Karls Jaspers pudo escribir poco después de la segunda guerra mundial: que la humanidad formaba una unidad basada en el hecho de que nada importante puede producirse en algún lugar del mundo que no afecte a todos los demás. El año 1957 se firmaba el Tratado de Roma. Allí nació la Comunidad Económica Europea y el Mercado Común Europeo. Constituye en número de habitantes un conglomerado parecido a Rusia y Estados Unidos. La rapidez de su eficacia ha sido fulminante, de tal manera que se predice que para el año 1975 igualará la producción de los Estados Unidos. El Mercado Común Europeo ha tenido varias réplicas: entre nosotros en Centroamérica y en Sudamérica. Pero la velocidad del progreso en estos colosales se para gradualmente más a los países subdesarrollados. ¿Será posible crear una superestructura política, social y económica en escala mundial?

Movilidad y comunicación. Su influjo en el cambio del mundo contemporáneo es asombroso: del coche, a la locomotora... al automóvil, al avión, que dentro de pocos años volará a 5.000 kilómetros por hora. En la comunicación de las ideas: junto a la prensa... el cine, escuela diaria de 300 millones de alumnos. La radio y el transistor... La televisión. Hoy vive el mundo entero sincrónicamente las elecciones de cualquier nación, la muerte de Kennedy, la moda última, la canción en boga. Esas fuerzas poderosas de comunicación son utilizadas por los pensadores ocultos, los fabricantes de imágenes. Tal vez son los fenómenos más expresivos del cambio acelerado del mundo contemporáneo.

Secularización. Hemos pasado por alto otros signos altamente definidores de nuestro tiempo. Hemos hablado en editoriales anteriores sobre la crisis generacional, el movimiento de la promoción social y política de los obreros y de las mujeres. Hasta deberíamos señalar el sello de crueldad de nuestro siglo, que ha utilizado un don de Dios: la ciencia, para atormentar sutilmente a los hombres.

Pero creemos necesario mencionar explícitamente un fenómeno social y religioso que se ha llamado secularización.

La secularización es una nueva palabra que ha impuesto una obra (best-seller) del teólogo baptista Harvey Cox. La secularización es una hija de la revolución científica, a la

que hemos aludido. Como consecuencia de esa adultez de las ciencias, el hombre moderno ha abierto las ventanas al fenómeno de la secularización, según la cual las realidades políticas, económicas y culturales se van independizando del dominio de lo sagrado y religioso. Podríamos definirla como la liberación del hombre de toda explicación religiosa sobrenatural, mítica y metafísica del mundo.

Harvey Cox distingue tres épocas de la historia: la sociedad tribal; la época de la ciudad (polis), y la época de la tecnópolis (ciudad secular).

Para entender las ideas de La Ciudad Secular sería necesario resumir La Muerte de Dios, de Gabriel Vahanian, 1961; y las obras de William Hamilton, 1961; las de Thomas Altizer, 1963; y la de Paul van Buren, 1963. Son los teólogos del movimiento Dios ha muerto. Paulo VI, en audiencia pública del 25 pasado de abril, al denunciar la corriente teológica de la muerte de Dios, propiciada por altos exponentes protestantes, afirmó que refleja una mentalidad atea, alejada de toda realidad.

Tal vez no le alcanza este juicio, tan deprimente, de Paulo VI a Harvey Cox. Cox es un cristiano sincero. Delata una realidad: la Secularización; y trata de inyectarle vida cristiana —en una nueva forma y estilo— al mundo secularizado. Es también la labor de Teilhard de Chardin: Cristianizar desde dentro el mundo desacralizado.

Los críticos católicos de los Estados Unidos acusan a Cox de haber rechazado una metafísica para caer en otra metafísica; que da un excesivo valor a nuestra cultura, la cultura secular, cuando el reino de Dios debe estar por encima de cualquier cultura.

## El cambio lento de la Iglesia

Juan XXIII es el que formuló la necesidad de ponerse al día, la necesidad del aggiornamento de la Iglesia. Entre sus decisiones la más afortunada fue la convocación del Concilio Vaticano II.

El Concilio tuvo presente su cometido de aggiornamento en todos sus decretos. Continuamente avizora los signos del tiempo. Pero hay un decreto: Gaudium et Spes: Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, en cuyo exordio se detiene a examinar expresamente los signos de nuestro tiempo.

Señala el Concilio que el género humano vive un período nuevo de la historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados. Los provoca el hombre con su inteligencia y su actividad creadora. Una metamorfosis social y cultural, que redundará también sobre la vida religiosa.

Nunca ha tenido el hombre un sentido tan agudo de su libertad; nunca ha vivido tan intensamente el sentimiento de su propia unidad y la mutua dependencia; tanta facilidad de comunicación de las mutuas ideas. Al hombre moderno le inquieta el volumen y el incremento de los nuevos descubrimientos; la creciente importancia de las ciencias matemáticas, las ciencias naturales y las ciencias humanas. La técnica intenta la transformación de la tierra y la conquista del espacio. Enumera los cambios que experimentan las comunidades tradicionales, el resurgimiento de una sociedad industrial, el fenómeno de la urbanización que impone una nueva cultura urbana; el desenvolvimiento de los medios de comunicación; la inmigración que provoca el olvido de las creencias tradicionales.

El cambio de estructuras provoca un planteamiento nuevo de las ideas recibidas. La juventud, impaciente y angustiada, se rebela contra sus padres y educadores. Un espíritu crítico

más agudizado trata de purificar a la religión de un concepto mágico del mundo y de residuos supersticiosos; y exige, cada vez más, una adhesión verdaderamente personal y operante a la fe.

Esta cita compendiada de la Exposición Preliminar del *Gaudium et Spes* (No. 4-11) nos demuestra que los padres conciliares estaban conscientes y preocupados de los profundos cambios del mundo contemporáneo.

El Concilio Vaticano II inició la labor del *aggiornamento* de la Iglesia. Sería un error el pensar que hubiera colmado su empresa. Entre los cambios que trató de realizar debemos mencionar:

Un nuevo espíritu de democratización de la Iglesia; un nuevo concepto de la autoridad. El Obispo debe consultar a su Presbiterio; el superior religioso debe dialogar con sus hermanos (no súbditos) para tomar las decisiones de la comunidad. El propio Papa convoca periódicamente un sínodo de Obispos, como una continuación del Concilio. Una autonomía de las asociaciones religiosas formadas por los seculares...

Dio impulso definitivo a la reforma litúrgica, con doble dirección: renovación hacia la liturgia primitiva de la Iglesia y una apertura a la asimilación de los gustos artísticos de nuestro tiempo.

Incorporó vigorosamente a los seculares al apostolado y a la participación activa de la vida de la Iglesia.

Prosiguió la iniciativa de Juan XXIII del Ecumenismo, que en los tiempos post-conciliares cobra un auge consolador.

Abrió una brecha en la costra monacal de las órdenes religiosas. Inició una reforma en la formación en los seminarios y en las universidades.

Y en la Constitución *Gaudium et Spes* nos dejó un documento social superior, por su profundidad y precisión, a todas las encíclicas sociales de los últimos pontífices; y despertó la preocupación personal, nacional e internacional por los pobres y desheredados de la fortuna.

## ¿*Aggiornamento* o Kenosis?

Kenosis significa anonadarse. La voz está tomada del pasaje: (Cristo) se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo.

El significado literal de *aggiornamento* es de adaptación a la Edad Moderna. Hay quienes afirman que la palabra que realmente debió utilizarse no fue *aggiornamento* (adaptación o renovación), sino kenosis, cambio total, anonadamiento.

La secularización y el desarrollo acelerado de nuestro mundo son las causas de la creciente decadencia de prestigio de la Iglesia dentro de nuestra sociedad moderna, urbana, superpoblada, cibernética, social y económicamente independiente y variable. Si la Iglesia quiere tener un futuro debe renunciar a toda exigencia de poder, al honor, a la estima mundana y al amor del lujo. Por amor a Cristo debe convertirse en pobre, en el más profundo sentido evangélico de la palabra. Para ganar todo deberá estar preparada a perder todo.

Jesús condenó explícitamente toda búsqueda de honor, estima y poder mundano. Es precisamente todo el programa de San Ignacio en la segunda semana de sus Ejercicios espirituales.

"El Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate por muchos." (Marc. 10, 45)

"El que existió en forma divina no persiguió la vida como una presa a nivel divino, sino se anonadó asumiendo en sí mismo la existencia de un siervo y haciéndose igual a los hombres. Y habiendo tomado la apariencia de hombre, se humilló, tornándose obediente hasta la muerte de la cruz. Por ello lo exaltó y le dio un nombre que está por encima de todo nombre." (Fil. 2, 6-11)

Ya en el segundo Concilio Vaticano se ve resurgir la tradición kenótica de la primitiva Iglesia.

El Papa y Obispos pidiendo perdón al mundo entero de los errores de conducta en la Iglesia. Proclamaron la Iglesia de los pobres.

"...nuestra devoción a Cristo en la fe, la esperanza y la caridad nos coloca totalmente al servicio de nuestros hermanos..." (Concilio en su Mensaje al mundo el día 20 de septiembre de 1962).

Los prelados más eminentes del Concilio manifiestan en la época post-conciliar una preocupación kenótica:

Mons. Guerry a sus feligreses: "Un primer principio de los Evangelios es que la autoridad no debe considerarse una forma de mando, sino de servicio."

El Cardenal Gerlier, de Lyon: "Como Obispo no puedo simplificar todo en un día, pero me inquieta de continuo el pensamiento del ropaje que la costumbre me obliga a vestir en las ceremonias litúrgicas y los honores que se me rinden en la vida diaria."

El Cardenal Frings: "Los diversos signos exteriores y las ceremonias que exaltan la persona del Obispo hicieron su aparición en la época de Constantino, cuando se hicieron extensivas a los obispos los honores que habían de rendirse a los funcionarios imperiales."

Estas frases nos evocan las frases de San Bernardo a su discípulo el Papa Eugenio: "Si el Papa se viste de seda, se cubre con oro y piedras preciosas, se rodea de soldados y sirvientes, cabalga un blanco corcel, termina pareciendo más el sucesor de Constantino que un sucesor de San Pedro."

## Entre nosotros...

Tal vez vamos más a compás del mundo contemporáneo en la urbanización, en la explosión demográfica y en otros detalles económicos, políticos y sociales. Tal vez...

Dentro de la Iglesia vamos a la zaga en los avances post-conciliares. Ni se ha formado ni se trata de formar una mentalidad abierta al cambio. Hay temor y susceptibilidad a las manifestaciones del cambio. Algo se ha hecho en el orden litúrgico y en la pastoral. Pero seguimos aferrados a las pompas imperiales. Nos preocupan las catedrales suntuosas, los seminarios monumentales y vacíos, los colegios a gusto de las clases adineradas, que son todavía nuestros alumnos preferidos.

Aunque parezca cruel, es un retrato de nuestro ambiente el que nos describe Juan Iriarte, Obispo de Reconquista, Argentina: "Debemos proclamar el mensaje cristiano desde lo alto de nuestros altares de mármol y de nuestros palacios episcopales, en el estilo barroco e incomprensible de nuestras misas pontificales y en las definiciones aún más extrañas de nuestro idioma eclesiástico, mientras aparecemos ante el pueblo envueltos en púrpura... y nuestro pueblo, cuando se dirige a nosotros, debe llamarnos Excelencia y arrodillarse para besarnos el anillo! No es tarea fácil liberarnos del gran peso de la historia y de las costumbres."

M. A. E.